

UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA



Nº 108

Julio
del 2004

TOPICOS DEL HUMANISMO

Cómo leo



Giovanni Papini¹

I

En los últimos años del siglo decimonono (XIX) me vino a las manos un librito de Legouvé titulado, creo, *L'art de la lecture*. Me quedó solo esta impresión: que era inútil haberlo leído.

II

De joven leía casi siempre para aprender; hoy me ocurre que leo para olvidar.

III

Todo libro es, en cierto modo, un enemigo, un invasor, quiere sustituir otros pensamientos a los tuyos, pretende arrastrarte a pensar a su manera, etc. Por tanto, es preciso defenderse. Leer a mano armada. Y el arma más adecuada (entre los materiales) es un lápiz de color. Uno de esos lapiceros macizos de tronco hexagonal, con una punta azul y otra encarnada, y herir con él en las márgenes (zona más vulnerable) del libro que estamos leyendo, con largos trazos violentos, con despiadados puntos de exclamación, con insidiosos interrogantes, con flechas de franca desaprobación. No todos los libros, claro está, merecen este trato guerrillero, pero sí aquellos que se tienen que leer a la fuerza, y los que deshonran a un escritor, y los que traicionan las promesas del título o de la fama, y aquellos, en fin que se leen para que sirvan de válvula de escape a los humores marciales.

IV

Hay muchos libros de los que basta leer el prólogo y el índice; a veces el índice solamente. Otros se leen mejor a la manera china: empezando por el último capítulo. De algunas obras de historia, crítica y pensamiento, yo leo primero, ávidamente, las densas notas, con todas las citas y textos ajenos, y gozo tanto en ello que me imagino el contenido de la parte superior de la página, hasta tal punto que, a veces, acabo por no leer nada más.

V

Determinados libros los he esperado durante años, meses y semanas; he acechado en los escaparates de las librerías su llegada entre nosotros, con la impaciencia de un enamorado, y entristecido por los continuos retrasos, por los contratiempos diarios. Y cuando por fin he logrado tenerlos en mis manos, he corrido derecho a casa, para empuñar el puñal de marfil, para esturpear las páginas en dieciséisavos y recoger al vuelo las primeras palabras. En días como ese no se tienen ganas de ver a nadie. Incluso la llamada a la mesa suena a castigo. Se espera la noche, y la casta protección de la lámpara que ilumina únicamente aquellas páginas y nuestro emocionado recogimiento. Tenemos toda la noche por delante, para nuestra alegría y nuestros descubrimientos. A ratos nos sonreímos, a ratos nos asaltan deseos de gritar y saltar. Y el sol no se levanta hasta que nuestra curiosidad está aplacada, si bien no satisfecha.

VI

Hay libros primaverales que brotan en nuestra memoria cuando el aire empieza a tener efluvios de violetas, y tan cálidos de sol y de amor que no sería posible leerlos en otras estaciones. En invierno más bien serían tormento que compensación; en otoño nos ablandarían en la nostalgia. Ciertos libros, heroicos, duros, ascéticos, tonificantes, hay que leerlos por la mañana temprano, cual si nos pusieramos la armadura después de un baño helado. Y hay otros —pienso especialmente en ciertos poetas— que están hechos para ser leídos al anochecer, al lado de una ventana, en esa tibieza que deja el sol reciente, en esa hora que se presta a las primeras escaramuzas con la tristeza, a los recuerdos molestos que resucitan, como los fantasmas, al aproximarse a la gran solemnidad de la noche.

VII

Los libros que leí cuando tenía siete años, o diez, han desaparecido todos. Y he perdido los que poseía a los quince o veinte. Quedan algunos supervivientes de los que tuve entre los veinte y treinta años. Ocurre con los libros lo que con los amigos. Los más antiguos, los más queridos, los que nos enseñaron por primera vez la belleza del Arte y del afecto, desaparecen, se pierden, mueren. Tal vez sean más grandes, más ricos y hermosos los que poseemos en la actualidad, pero no es lo mismo. Me gustaría volver a tener, por ejemplo, aquella *Divina Comedia* impresa pobremente en tres tomos allá por el año 1830, con los lomos de tela encarnada en los que yo mismo escribí el título, y que leía en los últimos años del reinado de Humberto, sentado en un frío banco de mosaico, a la vera de una fingida gruta llena de agua verdosa, allá arriba en las cercanías de San Salvatore al Monte.

VIII

No he querido volver a leer nunca más los cinco o seis libros que me gustaron con delirio en mi primera juventud; tengo miedo de perderlos para siempre.

IX

No leo, en el mismo día, un solo libro, más que en contadas ocasiones. Hay que saber preparar el menú cotidiano de nuestra dieta intelectual. Según las horas y el estado de ánimo, deben prepararse alimentos diversos, pero bien surtidos. El pan casero de los clásicos va muy bien con las nueces secas de los filósofos antiguos, pero los racimos y los pámpanos de la poesía constituyen un gran alivio después de los callos de las estéticas y los menudillos de la crítica.

X

Quien lee libros con el único fin de escribir otros, se parece al que come solo por la satisfacción de exonerar el vientre.

XI

Ciertos libros los leo para alimentarme y los mastico bien, los rumio como el buey, los guardo para las semanas de sequía, como el camello. Otros los pellizco, como se hace con los entremeses cuando el apetito tarda en llegar; otros más los trago de prisa y corriendo como una purga. Mas prefiero aquellos que se pueden volver a leer desde cualquier página, aquellos que exhalan aromas de inagotable sabiduría sólo al nombrarlos, sin necesidad de abrirlos, aquellos que nos producen la sensación de haber ayudado al autor a escribirlos.

XII

A veces me ha sucedido que al releer ciertos libros he tenido la impresión de no haberlos leído nunca antes de ese momento. Me ha ocurrido, en las releídas, descubrir bellezas y pensamientos que no había visto y también, desgraciadamente, encontrar errores, lagunas, manchas, resquebrajaduras, en las que nunca me había fijado. Y surge la duda de si tales cambios de juicio son pruebas de un progreso nuestro en la sabiduría y en el gusto o indicios de una perversión y de una decadencia que la soberbia no oculta. ¿Me parecía hermoso el libro en mis años mozos precisamente porque satisfacía lo que hay de santo en la juventud o por efecto de la inmadurez y de la ignorancia? ¿Y me parece mediocre hoy porque la edad me ha hecho perder lo mejor de mí mismo o porque verdaderamente he aprendido a distinguir al latón del oro, al relámpago fugaz de la perennidad del sol?

XIII

Conocí a uno que quería llevar siempre consigo, aun cuando iba de paseo, su biblioteca. Puesto que no era un Atlante, había resuelto el problema con vandálica ingeniosidad. Había cortado las hojas (o los trozos de las hojas) de todos los libros por él leídos y que le gustaban, y luego había juntado estos míseros recortes en sendas carpetas de distintos colores: verde para las literaturas clásicas, encarnado para la religión, amarillo para la historia, violeta para la literatura italiana, etc. Metía todas estas carpetas repletas de fragmentos impresos dentro de una de esas carteras de piel que usan los abogados y salía con ella. Si se le antojaba leer un soneto de Petrarca o un pensamiento de Guicciardini, extraía de la carpeta color violeta o amarillo y deleitábase sin mucho esfuerzo. En las discusiones tenía casi siempre al alcance de la mano los textos adecuados, y podía ser, por ende, un adversario peligroso. El resto de los libros estropeados los tiraba a la basura.

XIV

Los libros preferidos son como ciudades en manos de los bárbaros. Se sienten impulsos de saquearlos. No todas las señales que se hacen en los márgenes de los libros son reprobaciones y complacencias agresivas, muy a menudo son todo lo contrario. Durante muchos años tuve la costumbre de copiar, en cuadernos u hojas sueltas, los pasajes que me habían agradado más, por su estilo o por sus pensamientos. Tengo miles y miles de páginas de estas, pero tengo la seguridad de que ni una sola ha ido a parar entre las de un manuscrito mío. Leer bien, sin embargo, significa escribir, o sea, copiar: copiar para uno mismo, no para los demás. Copiando se saborean mejor ciertas finuras, ciertos ritmos internos del período, ciertos tonos secretos de los vocablos y parece casi volver a escuchar, lejos, muy lejos, la música espiritual que acompañó la felicidad de la creación. Para bien entender un gran libro sería preciso transcribirlo todo.

XV

He tenido el vicio de leerlo todo, aun los billetes de tranvía, los avisos colgados en las paredes de las oficinas, los letreros de las cajas de cerillas, las etiquetas de botellas, las "instrucciones para el uso" de los específicos, los anuncios económicos de los periódicos, las imperativas y optativas admoniciones de los impresos burocráticos, etcétera. Me he estropeado la vista, y a lo mejor, la cabeza. Mas la palabra impresa es para mí, como para los chinos, algo tan sagrado que merece, por lo menos, el rito de la lectura.

XVI

Los hay que leen sentados a la mesa. Los hay que leen echados en las butacas o en las camas. No les juzgo; es más: como hermano, los perdono. Pero jamás he comprendido mejor y saboreado tanto un libro como cuando lo he leído al aire libre, bajo el cielo amigo que protege campos y montañas, sentado en la hierba, o sobre una peña, con el bastón al lado, un cigarrillo en los labios y el lápiz en la mano. Aquí donde cantaban los pastores míticos, donde rogaban los ermitaños y los solitarios observaban los astros, ha quedado algo de la silenciosa rarefacción deseada por todos los contemplativos, con el fin de llegar a ser —según quieren Walt Whitman y Chateaubriand— lo que se mira. El aire, aquí arriba, es más sutil y puro no solo en el sentido físico sino en el sentido espiritual también. Menos peso en la cabeza, menos impedimentos en el alma, menos asaltos e insidias en los sentidos. Los libros de los santos, leídos en el despacho, en la ciudad amaestrada y sosiegada; y a cierta altura, entre verde de hojas y azul celeste de horizontes, convencen, alientan, encantan. Y aquellos poetas que gustan de ser leídos a la luz de una bombilla eléctrica, releídos en la limpidez de las colinas arrebatadas y casi embriagadas.



¹ Giovanni Papini: *Exposición personal*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965, trad. Alfonso Banda Moras.



Nietzsche: maestro del aforismo



Héctor Naranjo Rojas

Los aforismos de Nietzsche se han constituido en uno de los tesoros de la humanidad. El gran pensador se convirtió a través de su vida en un maestro o artista del aforismo, del texto corto. Trataremos de acercarnos a algunos de ellos, que son bellísimos. Trataremos de comprenderlos.

En el aforismo titulado *El jardín de Epicuro* escribe Nietzsche: "Un buen amigo, un buen libro, un buen queso". ¿Le pide Nietzsche poco a la vida? ¿es conformarse con poco solo tener un buen amigo, un buen libro y un buen queso? En realidad, Nietzsche le pide mucho a la vida, porque un buen amigo y un buen libro son insólitos. Un buen queso se puede obtener con un poco de dinero, dinero que Nietzsche no tenía. El hedonismo nietzscheano no es mundano: es sagrado, espiritual. Nietzsche, inconformista y antimediocre, formula la amistad como un ideal o valor elevadísimo. El mismo fue un gran amigo, un amigo valiosísimo y sincero. Sí, Nietzsche fue sincero. Sin sinceridad no nace ni crece la amistad. ¡Entre hipócritas no puede existir la amistad!

(Nietzsche tuvo grandes amigos: Erwin Rohde, quien influido por el filósofo escribió un libro sobre la inmortalidad del alma entre los griegos; Franz Overbeck; Georg Brandes, un judío danés, citado por Freud en su *Interpretación de los sueños*, a quien Nietzsche dirige una de sus famosas esquelas de la demencia: "Al amigo Georg", en esta Nietzsche se autodenomina *El crucificado* (4 de enero de 1889. Estampilla de correos: Turin, 4 de la mañana); Carl von Gersdorff; Peter Gast; Paul Deussen, a quien escribe una carta el día siguiente después de haber estado en una casa de mala reputación. Thomas Mann da "forma literaria" a esta anécdota en su *Doctor Faustus*. Con todos ellos mantuvo correspondencia, correspondencia que es otro tesoro de la humanidad).

El siguiente es otro bellísimo aforismo nietzscheano: "Constituye una fineza que Dios aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor. Y que no lo hiciera mejor". El filósofo no era ateo. Nietzsche no era un creyente religioso, más bien Nietzsche llega a una comprensión racional de la divinidad. Dios es cuestión de la inteligencia, de la sabiduría, no es cuestión de la fe.

Se ha calificado a Nietzsche como ateo por un malentendido. Porque su famoso personaje Zaratustra dice de sí mismo que es ateo. Puede decirse que para Nietzsche es mucho mejor un ateo honesto y humilde que un creyente dogmático y fanático.

Sobre cuestiones morales, sobre el origen del mal, Nietzsche atribuye el origen del mal a Dios (Genealogía de la moral).

Reproducimos de nuevo el anterior aforismo: "Constituye una fineza que Dios aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor. Y que no lo hiciera mejor". No solo Dios inspiró a los escritores de la Biblia, también inspiró a grandes escritores griegos: Platón, Píndaro, Sófocles, etc. Dios ha influido a muchos escritores en todas partes.

¿Qué es la inspiración? Puede decirse tal vez que una especie de músculo espiritual que se calienta de tanto pensar, imaginar, soñar. Cuando un escritor calienta este músculo, Dios se expresa. Y el inspiradísimo Nietzsche dice que es un ventrílocuo del más allá, de Dios quiere decir. Hay que decir que Nietzsche es uno de los grandes escritores espirituales o sagrados de la humanidad.

Reproducimos ahora el siguiente texto de Nietzsche titulado *Máscaras*: "Hay mujeres que, por mucho que en ellas se busque, no son más que máscaras. Hay que compadecer al hombre que se abandona a estos seres casi fantasmales, necesariamente incapaces de satisfacer, pero éstas son las más capaces de despertar más rabiosamente los deseos de un hombre: éste busca su alma y continúa buscándola eternamente".

¿Te has topado con mujeres así? ¿mujeres que solo son fachada, apariencia?, ¡tal vez con una mujer que tiene un lindo trasero, una linda cara, pero nada en su interior! Se corre el riesgo de esclavizarse de la belleza externa. Sí, tiene razón Nietzsche: hay mujeres así.

Injustamente se ha juzgado y dicho que Nietzsche era misógino. Hay que hacer justicia.

Puede decirse que Nietzsche piensa que en general la mujer es más irracional que el hombre. Dice Nietzsche: "En el amor y la venganza la mujer es más bárbara que el varón". Nietzsche es desdefioso con todo lo que es irracional. Y hay mujeres que son demasiado irracionales, impulsivas, digamos. No se controlan, no se dominan.

Hay que insertar ahora el famoso texto del Zaratustra que ha sido calificado por críticos y críticas de misógino. Dice Nietzsche: "Y la vieja habló así: —¿Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo!" (Así hablaba Zaratustra).

La imagen del hombre y la mujer corresponde a la imagen del jinete y la yegua. El jinete no le da latigazos a la yegua para maltratarla o herirla, lo hace para conducirla, apaciguarla, dominarla. Nietzsche quiere darle una paideia a la mujer. No quiere que esta caiga en arrebatos irracionales como ataques de ira, de histeria, de lujuria. Nietzsche quiere que la mujer se controle, se domine. ¿Cuál es la virtud que Nietzsche quisiera ver en una mujer?: la firmeza.

Hay una canción de Cat Stevens titulada *Yo busco una mujer de cabeza dura*. Cabeza dura significa una mujer firme. "Yo busco una mujer de cabeza dura, y si encuentro una mujer de cabeza dura mi vida será al fin bendecida", dice el cantante. El cantante no quiere una mujer frágil, de porcelana, las cuales abundan en los salones de baile. Cat Stevens y Nietzsche buscan en cierto sentido lo mismo: una mujer compacta, firme, decidida, directa, equilibrada.

Nietzsche es, entre otras cosas, el filósofo de la superación personal. No solo la mujer debe aprender a controlarse, a dominarse, también el hombre. El hombre y la mujer deben superarse a sí mismos.

En el aforismo titulado *Presencia de testigos* señala Nietzsche: "Se arroja uno al agua con más gusto a salvar al que se ahoga, cuando hay delante personas que no se atreven a hacerlo". ¿Se arrojó Nietzsche alguna vez al agua a salvar a una persona?, es muy posible que sí. Esto explicaría la existencia de este aforismo. Muestra un Nietzsche valeroso, un Nietzsche salvavidas.

Y ahora otro bellísimo aforismo titulado: *Un elemento de amor*: "En toda clase de amor femenino se transparenta algo del amor maternal".

Desde lo paranoico



Gilbert Odalier Ulloa Brenes¹

Envío esta consideración: puedo vivir en un estado paranoico impunemente, incluso, sin rubor en el rostro. Por ejemplo, sé que ahora hay alguien leyendo este escrito y en atención a ese hipotético extraño lector, es que trato de ser lo más oscuro posible en todo cuanto digo: temo ser atrapado en el código sostenido por ese-otro-que-lee. Temo, de cierta forma, la disolución de MI escritura en el solvente parpadeo de un lector; por lo tanto, he de hacerme en MI escrito lo menos inteligible posible a fin que sea, como escritor, lo más imprescindible posible y pueda preservar, con un diccionario por preservativo, la pretendida solidez de bostezos articulados emitidos en un movimiento que con gusto llamaré, por ser una palabra absurda (acaso un neologismo), *excorporación*. En palabras sencillas: puedo escuchar² los ojos del Lector impeliéndome a la escritura.

No me interesa ser entendido. No me interesa además entenderme por completo. Me interesa establecer una "secuencia lógica" para lo que estoy diciendo aquí y ahora, de forma que la inenarrable presencia de lo Otro pueda aparecerme con mayor cordura en medio de mi opción de vida paranoico. Es una cordura paranoica. Por eso trato de escribir *sobre lo paranoico* desde una condición que he querido llamar, también impunemente, paranoico³.

De lo paranoico como opción de vida observo dos cosas: *el desarrollo inusual de una intensa sensibilidad hacia lo Otro*; y *lo insoportable del desorden introducido con la aparición de eso Otro*.

Tradicionalmente se despacharía el asunto como un problema de persecuciones y delirios megalómanos. Hay algo de eso, pero no es todo lo que hay. El caso es que vivimos en casas que igual podrían llamarse jaulas, o cuerpos, o roles sociales, o libros, o intelecto. El caso es que amamos con demasiada pulcritud y requerimos tal pulcritud de lo amado. El caso es que lo paranoico es hoy, aquí y ahora, una opción de vida institucionalizada. De una vida pulcra, llena de alabanzas y preseas. Incluso motivo de programas en la TV.

Ahí está el caldo de cultivo (en la sopa de agendas) para lo paranoico como opción de vida, como partitura musical, como vómito cotidiano.

I

Hay una trémula expansión del pulso cardiaco invadiendo el aire en el cual Otro respira acelerado, quizá insinuando las más desastrosas maneras del proceso respiración/transpiración. Un aire fétido aromatizado con el humo de un cigarro por mascarada. Aparece desapareciendo el mundo, y con esto, la perentoria necesidad de comprenderlo todo, hasta de controlarlo en un mar de recursos esquemáticos. Digamos que el cigarrillo (su humo) es una estrategia sintáctica; digamos algo más: el humo es metafórico⁴ de la compulsión a la incorporación con sentido de eso Otro obnubilante; es metafórico de la incorporación coordinada (movimiento de inhalación/exhalación) de lo extranjero Otro cuyo rostro es maligno y benigno a la vez, ¡quién no se ha fumado el mundo en una tarde de invierno! ¡Quién no lo ha devorado en un banquete de palabras!

En ese juego de incorporar y *excorporar*, metafórico en el cigarrillo, el ser viviente lanzado al caos del mundo, coordina sus movimientos sintácticos para dar a la acción un aspecto de cierta fijación semántica que preserve el instante en un concepto⁵. El concepto hay que concebirlo: *excorporarlo*. Eso Otro por lo cual aparece el mundo es a la vez lo incorporado y lo *excorporado*, y en ese tanto devendría amenazantemente (y porque no, deliciosamente) persecutor como estancia de los posibles e imposibles sentidos⁶.

Ese maldito mundo es siempre el mundo de Alguien más: es MI mundo, pero tiene un tufo a mundo de Otro. Deberá ser incorporado con sentido pues siempre va a aparecer en el sinsentido que impele a ordenamien-

tos y restricciones, y también a satisfacciones frugales. Es en el requisito de tal sentido que en primera instancia todos los días de la vida, hay la amenaza de perderse en el sinsentido que lo Otro podría introducir en MI espacio semántico, en el cuchitril dictionarístico donde aparezo cotidianamente junto con otros. Ahí la opción paranoica emerge como un buen lugar donde intentar levantar torres babilónicas⁷: el Otro amenazante encarna en pequeños otros, en pequeñas sabandijas que se mueven en torno a MÍ, con el molesto estigma de no tener en primera instancia sentido alguno. Ellos son el caos. Y en la verdura de tanto campo fértil ha de crecer sin esperarla, la flor de la discordia: el colorido problema de la división entre Individuo y Sociedad⁸.

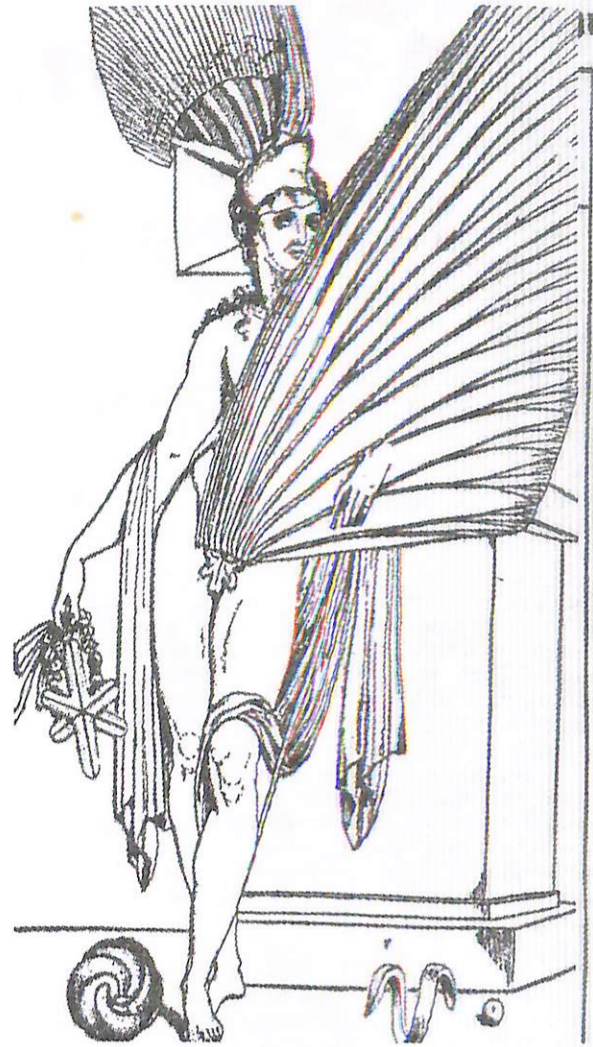
Por cierto, he visto un caso llamativo entre los dirigentes estudiantiles de la UNA: lo Otro temible por su nociva aparición entre los espacios de MI academia, es el individuo individualista. El Individuo cerca los límites de la realidad construida por los Estudiantes = *sujetos sociales*, al punto de ser lo Otro despreciablemente apetecible, por requerírsele para la constitución de un YO-paranoico que lucha contra los ataques del individuo individualista, lucha coordinadora de la juntura entre la realidad indiscutible y la tenue sensación de ser estudiante-comprometido. El asunto merece un análisis en el cual no me detendré. Solo he querido sugerirlo.

Lo Otro que reordena lo Real surge en el lenguaje. Pero no en cualquier lenguaje que es el lenguaje de todos, sino en las articulaciones sintáctico-semánticas de la forma paranoica del decir, que como he insinuado, es una forma institucional del decir procedente de lo Otro y de señalar diciendo a lo Otro. Hay que estar preparado para ello, preparado paranoicamente para que el ambiguo espectro de lo Otro tenga matices de inteligibilidad, aunque sus frecuentes apariciones pongan en peligro las paredes prefabricadas de nuestros hogares⁹: es la parábola del ladrón que por la noche llega sin que nadie lo espere; es la parábola del individuo individualista que por el campus se mueve sin que nadie lo comprometa: ¿cómo, pues, constreñir la desestructurante amenaza de quien me da el sentido arrebatándome?

Habrà que amarlo con pulcritud, con profilaxis. Amarlo como se ama a Un-Solo-Dios: amar en la no contradicción: en el esquema de la identidad y el tercero excluido¹⁰. Para evitar la contaminación, es el otro el que ha de ser sucio y maloliente y precisamente por eso, objeto de mi amor incondicional hacia los desgraciados. Con esta estrategia lograré someter la desquiciante aparición de lo Otro a un universo de palabras dignas de ser mencionadas entre las fisuras de MIS dientes; hacer teoría el dato crudo de aquel rostro sin nombre que por la noche del día vaga en la completa soledad de la realidad.

Quisiera en este punto *desviarme* del tema, para mencionar que el desvío es otra estrategia en la condición paranoica: ante lo insoportable quitamos la mirada, la desviamos, "iba hacia allá, pero queremos que vaya hacia acullá". Un problema en el desvío es cuando no hay para dónde desviarse pues todos los puntos son lo mismo. He aquí el único principio teórico que quiero sostener en este momento: en la dimensión de lo Otro-que-aparece, el desorden resulta de la omnipresencia de eso Otro, es decir, estando en todas partes, cualquier lugar donde voltee a ver es el mismo lugar. De ahí que sea una situación nocturna donde en la oscuridad todos los gatos son pardos¹¹.

Entonces uno quisiera hablar como habla el Sol: con sintaxis y semántica, es decir, con organización basada en la diferencia y con sentido basado en la estructuración de la diferencia. Los movimientos de incorporación y *excorporación* suponen que soy el sol que aclara la noche. No por nada la primera obra en la Creación es la separación del día de la noche. YO es omnipotente y luminoso: *arrodillaos ante MÍ*. Oscuridad es un lugar insoportable en el que cualquier cosa



puede ser. El comportamiento clarificador es la burocracia heliocéntrica del lenguaje-matriz para ordenar: gatos pardos con gatos pardos, *gatos rojos con gatos rojos*, gatos azules con *gatos azules*... pero cualquier otro inclasificable podría trastocar esa taxonomía. De hecho, vivir la condición paranoica implica que se deba llevar aceite de más para *las lámparas*, so pena de quedarse en las tinieblas: justificarme en mis posiciones, aclararme; ser coherente, *luminoso*, nunca oscuro. Aunque la oscuridad esté en la casa.

Por otro lado, lo paranoico sabe de esa su íntima oscuridad que se juega en muchos frentes: la suya es una *anatomía dodecaédrica envuelta por la desenvoltura espiritual de lo Otro bajo el signo del 12*, de la completud. Entonces uno se entiende a *SÍ MISMO* como dodecaedro para tener alguna forma con la cual presentarse ante los demás. Que unos lados no coincidan con otros eso no es un problema, es una virtud; que por otra parte el mundo trate de operar sobre el *SÍ MISMO* la compresión necesaria para *tornarlo* superficie bidimensional, eso sí es un problema. Si esto último sucede, se pasa de la condición paranoica a la de carátula de reloj: superficie plana con números para *superordenar* el flujo de la vida. Se le pone un *horario* a la eyaculación, incluso, se le fija un destino *contra* el cual Onán ha de rebelarse, echando por tierra un *proyecto divino-tribal* llamado Alianza.

Hasta aquí he tratado "de-ser" contradictorio. Ser contradictorio es una forma de coherencia que sorprende por su raro orden. Omnipresencia, y ante la omnipresencia la contradicción para que nazca el decir-consentido. Solo así podría soportar el desorden que lo Otro trae consigo en los bolsillos: el orden de lo Otro es mi caos, tu caos es mi orden en la *dimensión* de la escucha a lo Otro murmurante. Debo *renacer* en la diferencia para optar por un nombre decente, a no ser que quiera llamarme *TODO EL MUNDO*. Al paranoico se le tacha de diferente. El paranoico se ríe: él ya de antemano se sabía diferente. Surgen las instituciones con sus calendarios llenos de roles y *estatutos* y formas de deformar en la diferencia. Incluso se ha de hablar de estructuras psíquicas, como se habla de edificios.

Sub I

Todo esto debería dar miedo. Pero lo cierto es que se trata de un carnaval en el *infierno*, donde ELLA da globos con rostros famosos a *nosotros* los decapitados de la academia. Hay un Otro supervisando y hemos de ser tan sabios como él, o mejor, ser más sabios que él: sentirlo amenazante, *reordenarlo* mientras nos ordena ordenarlo, fijarlo en algunos *puntos* y finalmente, darnos desde ahí la diferencia. Esos son los elementos convergentes en el carnaval del conocimiento que se puede realizar, a partir del *insoportable* desorden introducido con la aparición de lo Otro.

Es lugar común pensar que la intolerancia (el fundamentalismo) resulta de no aceptar más que lo propio como verdadero. Sin embargo, observo en la condición paranoide de nuestros días, que tales aspectos tendrían correspondencia más bien con cierta inusitada hipersensibilidad. Cuando uno tiene aspiradoras en lugar de poros, es comprensible que Todo-lo-Otro sea insoportable: duele de la flor el pétalo, tenue en la levedad de la piel su caricia.

No solo está por todos lados (Satanás tentándonos, el Cinismo acomodándonos, el Supervisor corrigiéndonos, el Gran Ojo mirándonos...), sino que lo puedo sentir por todos lados.

Nota fisiológica: hay un valor liminal (tanto de exteroceptores como de interoceptores) en las sensaciones transmitidas al sistema nervioso por medio de los canales aferentes. Un estímulo sostenido propiciaría la reducción de los potenciales de acción, conforme la sensación producida por este no rebase el valor liminal de los canales nerviosos aferentes, implicando la "supresión" del estímulo: algún tiempo después de puesta la ropa esta desaparece como sensación "extraña" al cuerpo: los nervios se "acostumbraron" a ella¹².

Nota paranoide: el valor liminal de las terminaciones aferentes en la dimensión de lo Otro es tan bajo, que cualquier sensación, la mínima, basta para desencadenar una respuesta por parte del YO percipiente. Tal respuesta, según he venido insinuando, puede ser una "respuesta sin respuesta", que es la respuesta del sentir a lo Otro como amenaza a la estabilidad de MI sistema nervioso. Son agujas en el ojo. Escorzor de un ajustadísimo sayal. Estrechez pectoral. Navajas en el estómago.

Ya más arriba dije: "...el desarrollo inusual de una intensidad hacia lo Otro". La clave es que lo Otro se siente mucho, muy sentido. Ahí las fronteras difusas entre adentro y afuera descentran la pretendida coherencia del hipersensible YO, que asume el lugar de una esponja pétreo; con el corazón endurecido. ¿Qué hacer? La cintura institucional de la condición paranoide impele a la aplicación de anestésicos que mitiguen la intensa sensación de un universo derramado como ácido sobre la piel. Entonces surge un nuevo tipo de piel: un cuero impermeable hecho de RAZÓN: una morfina discursiva que adormezca los demonios girando por doquier.

Lo Otro omnipresente que suprime la diferencia, y cuya voz es mandato, sea sometido a un cierto orden, a una cierta inteligibilidad de las cosas dichas; posteriormente, el unguento de la RAZÓN se encargará de restañar los abiertísimos poros, y con sus efectos anestésicos, cubrirá de calma la desazón que las intensidades de lo Otro inoculan a través del vestido.

Porque habremos de tornarnos (auto-heliocéntricos) egocéntricos: suponer como el magistrado Schreber que Dios está amenazado por MI existencia, siendo MI existencia la única existencia digna de existir. Por eso escribo ahora teniendo la certeza que para quien me lee, soy totalmente imprescindible: sin MI escrito, MI palabra, el Lector estaría atrapado en el universo de las no-coordenadas de lo Otro. Emergen los menesterosos de la educación que requieren de MÍ para vivir.

Sería interesante tratar de observar así nuestra pulcritud en la sucia cotidianidad de LA-ACADEMIA. De todas maneras, YO he dicho ya que estos gestos de la condición paranoide se viven en la carne de las instituciones (...educativas, religiosas, científicas, políticas, familiares...). Hay, por lo tanto, que supervisar: actuar como el ojo en el cielo: ser Dios: serDios: serDos:

serdos... Gruñir de placer, comer, tomarlo todo con calma, con la calma propia de quien supervisa estando en el cielo...

Visto así, no he hecho otra cosa que suponer en la condición paranoide una suplantación antes que la sensación de persecución y de megalomanía.

Otro único principio teórico: la condición paranoide es un trueque de lugares donde YO se identifica con lo OTRO, y entonces todo lo que lo Otro es soy Yo, no pudiendo haber lugar para ningún Otro que aparezca¹³ diferente de MÍ.

Los otros importan en la medida que no tiene más medida que la estatura con la cual he de crearlos. Las instituciones son fábricas de tamaños, de colores, de sabores, de temperaturas, de olores. El "sistema nervioso" (si es que existe una cosa tal) está allá, aquí, acullá, donde mis pies se afirman sobre la requerida inestabilidad de las sabandijas gelatinosas que me rodean. Está en la institución, adentro-afuera: ya no hay individuos, ya no hay sociedades: hay YOES hipostasiados cuyas ciencias tratan de discurrir entre la efectiva determinación de qué es lo social y qué lo individual, para de esa forma excorporar, una vez incorporados los humeantes contornos del mundo, la Cultura; o mejor, la forma apta de vivir que es MI forma: la condición paranoica.

Yo en este punto soy el escritor y el lector: me autoconsumo y autoproduzco en la totalidad de mi código y atrapo la vista perpleja del que antes me quería atrapar en su interpretación: me convierto en maestro pues EL CÓDIGO es MI CÓDIGO. Ellos deben aprenderlo para no ser extraños, para que dejen de ser irritantes. Hago mi cátedra de anarquismo monárquico, hago mi cátedra de crítica verdadera. Soy el amado sujeto social: ahora la amenazante omnipresencia y lo pansensible es YO.

Si logro generar la oscuridad entre ellos será requerido por la luminosidad de mis ojos: primer día, abro mis labios y ¡que haya luz!; segundo día, separo la profundidad azul de los mares, una en el cielo, otra en la tierra; tercer día, plantas y árboles; cuarto día, luciérnagas celestiales, faroles y farolitos; quinto día, animales de agua, animales de aire, cubiertos con piel acuática o aérea; sexto día, animales furiosos para la humanidad y animales humanos para la furia; séptimo día, descanso.

Sub II

Aquí estoy.
Aquí no estoy.

III

La condición paranoide es una forma estratégica de respirar los miasmas de la cotidianidad. La cotidianidad es el verso tieso de un poema analizado en la autopsia de su sentido verdadero. La verdad es un par de zapatos de gruesa suela que no nos permite sentir la superficie hecha de cuerpos sobre la cual caminamos. Caminar creyendo siempre que hay un lugar adónde ir: con objetivos bien definidos; en otras palabras, podemos entender la condición paranoica como un método del desvío. El chiste está en que nos volvamos metodólogos¹⁴ (o técnicos del buen decir, que es el decir de la cordura): ingenieros para casas, cuerpos, roles sociales, diccionarios, etc.

(El lector debe considerar que en este texto la palabra "Otro", es solo una excusa para plantear que en la condición paranoide, lo Otro ausente es suplantado por la excorporación de un pretendido YO).

Notas

¹ Bachiller en Psicología, egresado de la Universidad Nacional.

² Escuchar... una suerte de Channeling (...de escritura automática) donde el Desconocido Presente me dicta "incoherencias" que tienen sentido en la dimensión de lo Otro: allá-donde-no-estoy-estando. Ver al propósito Tyrrell, G. (1965) *La personalidad del hombre a la luz de la parapsicología*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. Págs. 38-55; 167-239.

³ Nótese como con arrogancia digo "he querido...". También más arriba dije "puedo vivir...". Son estas el tipo de inseguridades de las cuales uno debe tener certeza imbuido en lo paranoide del vivir actual. No es el problema hamletiano el nuestro, sino un problema de tozudez: mantener cautivo el mar entre las manos mientras está uno diluyéndose en sus aguas; o mejor aún, la tozudez de la serpiente cósmica devorando su propia cola en un círculo infinito.

⁴ (metafórico)... un significante que está en lugar de otro significante, que está en lugar de otro significante...

⁵ Quienes gusten revisar antecedentes sobre lo que estoy tratando, solo que en términos de lo Otro, pueden ver: Lacan, Jacques (1990) "El estadio del espejo como formador de la función del Yo..."; en: *Escritos I*. México D.F.: Siglo Veintiuno.

⁶ En Freud leemos, mientras él lee a Schreber, un juego donde el YO contradictorio persigue siendo perseguido por el Otro contradictorio también: "El mecanismo de la producción de síntomas de la paranoia exige que la percepción interior, el sentimiento, sea sustituida por una percepción exterior, y de este modo, la frase 'Yo le odio' se transforma, por medio de una proyección, en esta otra: 'Él me odia (me persigue), lo cual me da derecho a odiarle'. El sentimiento impulsor inconsciente se muestra así como una consecuencia deducida de una percepción exterior: 'No le amo; le odio, porque me persigue'.

La observación no deja lugar ninguno a dudas en cuanto a que el perseguidor es el hombre anteriormente amado". Freud, Sigmund (1997) "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia -1911-"; en: *Obras Completas*. Tomo IV. Madrid, España: Biblioteca Nueva. Págs. 1487-1528.

⁷ Incluso torres teológicas que aseguren la captura de "Dios" en la verdad. Ver al propósito: Alves, Rubem (1982) *La Teología como juego*. Buenos Aires, Argentina: La Aurora. Págs. 57-99.

⁸ Yo, solo recientemente, he dejado de lado el problema (epistemológico, teórico, metodológico) de la división esquemática entre Individuo y Sociedad para pasar a preguntarme, sin querer saber la respuesta: ¿Dónde es adentro, dónde es afuera?

⁹ Siguiendo con Alves: "¿Y qué son las teorías sino la arquitectura lingüística del mundo? (...) Ver algo que no fue preparado, previsto o predicho por el verbo es entrar en el laberinto de las sensaciones no organizadas, espacio frecuentado por las alucinaciones y por la locura" (Ibid.: 63). Sin embargo, aquí he propuesto la paranoia como límite organizativo (punto mínimo, punto máximo) en un mundo plagado de otros rostros siempre extraños, todos los días, y no como un cese de la "organización": hogares, o cuerpos, o roles sociales... erigidos sobre los pilares de la amenaza constante en que aparece el Otro.

¹⁰ Puede verse al propósito: Fromm, Erich (1976) *El arte de amar*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. Págs. 78-99.

¹¹ Y como en la oscuridad todos los gatos son pardos, al quedar suprimida la diferencia la sensación de soledad es intensa: donde todo es igual yo dejo de ser YO, o lo que es lo mismo, yo me percibo en la total soledad. Ilustrativa de esta condición es la canción del grupo Iron Maiden titulada Fear of the Dark, incluida en el álbum del mismo nombre.

¹² Esto quiere decir que habría un punto donde un estímulo dado "desaparece" al adaptarse el receptor a una situación de constante exposición a un estímulo que no supone peligro. Para una exposición más clara y detallada de lo dicho en el párrafo anotado, ver: Suárez, Roberto y Morales, Orlando (1986) *Sistema nervioso*. San José, Costa Rica: EUNED. Págs. 17-25.

¹³ "Aparecer", es decir, ser percibido, es decir, generar alguna sensación sensorial, es decir, digna de prestársele atención, según la experiencia de la "sensación" en el mundo moderno: "Originalmente, 'sensación' no significaba otra cosa que percepción. Pero hoy, de entre la avalancha de acontecimientos y catástrofes de los que se da... ya solo se percibe lo que destaca muy especialmente. Sensación es todo lo que saca a la percepción de su rutina". Türke, Christoph (1997) "La sociedad de la sensación"; en: *Identidad y sociedad informatizada*. San José, Costa Rica: EUCR. Págs. 135-139.

¹⁴ Para el caso de la Psicología, he propuesto que esta desaparezca en los siguientes términos: "...somos del criterio que la Psicología como ciencia debe desaparecer y renovarse en la amplitud de un compromiso nihilista. Será el fin de la "Psicología" y no del sujeto (...)

No se alarme el lector porque proponemos la desaparición de la Psicología científica: el asunto está quizá aún lejano. Pero ya podemos ir trabajando en ello.

Deberíamos empezar por plantearnos severos cuestionamientos éticos sobre la profesionalidad del psicólogo para prevenir lo que ya mencionamos algunas líneas más arriba sobre la "Psicología postmoderna del fin del sujeto", donde el profesional adquiere estatus de gurú o de instrumento. Aún más, este ensayo (el trabajo del cual tomo esta cita) debió haber comenzado con la siguiente pregunta:

"¿Qué es ser profesional?"

O esta otra:

"¿Qué implica ser un profesional en Psicología?" En: Ulloa, Gilbert (2002) *Nihil obstat en Psicología*. Documento inédito.





Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

**MIEMBROS DE LA
COMISIÓN EDITORIAL:**

Dr. Carlos Araya Guillén. Decano
del Centro de Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

Interesa desde el humanismo contemporáneo examinar las fuentes que inspiran el lado oscuro de la psique, los motivos esclarecedores desde un origen remoto que nos lleva a considerar cuán importante es aquello que subyace en las conciencias colectivas y la importancia del yo que se desquebraja en las instancias de la estructura del saber. Podríamos indicar que estas consideraciones anímicas descansan en el yo educativo y en la propia enseñanza del hombre actual, porque el individuo lector es un educando siempre en crecimiento y porque la educación permite la directriz del espíritu y lo alimenta. El humanismo no puede dejar de escudriñar en los perfiles psicológicos que son anuncios de que la exaltación de los valores no está por demás, y se hace indispensable el hecho educativo en cuanto el hombre siempre busca una llave de progreso.

En cuanto al siguiente ensayo, no se puede olvidar al fundador de un nihilismo desproporcionado que busca adeptos en el marco de la modernidad pensante, el caso Nietzsche, como lo llamó el maestro Vincenzi, es siempre un hito en el pensar de la luz contemporánea, es un pensador de lo perenne y repercute en cuanto discusión se realiza en torno al humanismo y las mismas humanidades. Su filosofía es superada por los intérpretes y tiene un hondo matiz de amargura y de saber vivir, él buscaba la transmutación de esos valores clásicos y no los encontró si no en el corazón de los entendidos en la escritura breve, los aforismos, que a veces son claros o son insondables dentro del contexto del pensamiento actual.

En otro aspecto, el acto de leer tiene también para los lectores un significado transparente. Cómo lograr leer y aprender a leer. Algunos consejos no están por demás, siempre se necesita una guía que nos haga meditar en cuanto que la letra se presenta con su diáfana moldura y su alcance necesario.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

CRÉDITOS: Portada: dibujo de Sabrina Hurtado Guevara, 2004. • Contraportada: foto reciente de Saturno (junio, 2004).